

modificándola desde adentro. No sólo porque de ella no podemos escapar, sino porque la van a necesitar –una vez la subversión triunfe– para controlar ella a los demás.

Conclusión. La vaguedad de las metas –por generales y humanitarias–, lo mismo que la debilidad aparente de los medios –la subversión– no debe impedirnos ver la causa o mejor el enemigo: eso que la izquierda llama capitalismo y que parece abarcar todo lo existente y todos los vivientes; y tampoco debe cerrarnos los ojos a la carencia de propuestas: después del capitalismo, ¿qué? ¿Qué van a hacer? ¿Qué quieren? Sabemos lo que no quieren y cómo quieren subvertirlo. Y después de subvertido ¿qué? Contestan: No interesa tanto el después como la subversión misma, el hoy: «subvertir el sistema en lugar de intentar salir de él» (p. 56). La subversión es el fin y el medio.

Juan Fernando SEGOVIA

Edgardo Lander y Santiago Arconada Rodríguez (investigador asociado), *Crisis civilizatoria. Experiencias de los gobiernos progresistas y debates en la izquierda latinoamericana*, Alemania, CALAS Maria Sibylla Merian Center, 2019.

El Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales (CALAS), se dedica a analizar aspectos críticos sobre los procesos de cambios sociales y funciona como una red que reúne Centros de Estudios Avanzados de todo el mundo. Está dirigido por Sarah Corona Berkin y Olaf Kaltmeier, siendo sus codirectores Gerardo Gutiérrez Cham y Hans-Jürgen Burchardt. La sede principal de CALAS está en la Universidad de Guadalajara, México, y tiene sedes en la Universidad de Costa Rica, FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) Ecuador, y la Universidad Nacional de General San Martín de Argentina. Las instituciones latinoamericanas están asociadas a las universidades alemanas en Bielefeld, Kassel, Hannover y Jena, merced al apoyo del Ministerio Federal de Educación e Investigación en Alemania.

Este libro está a cargo de Edgardo Lander, profesor jubilado de la Universidad Central de Venezuela, asociado del Instituto Transnacional (Ámsterdam) y miembro del Grupo de Trabajo de Alternativas al Desarrollo de la Fundación Rosa de Luxemburgo

(oficina de Quito) y del Grupo Global de Trabajo más allá del Desarrollo de la Fundación Rosa Luxemburgo (Oficina Bruselas). Ha contado con la colaboración de Santiago Arconada Rodríguez, quien es presentado como activista social, dirigente sindical, investigador y escritor, integrante de la Plataforma en Defensa de la Constitución Nacional venezolana.

De qué va el libro, se nos dice en la «Introducción»: realizar propuestas creíbles –luego, claro está, de un examen– de la «crisis terminal multidimensional del patrón civilizatorio moderno-colonial» (*sic*, pág. 9), rimbombante terminología que se traduce: «el capitalismo de hoy», un sistema de dominio de «carácter antropocéntrico, patriarcal, colonial, clasista y racista» (p. 10). Nos expone ya –si alguna otra seña necesitábamos– la orientación ideológica de los autores: el marxismo, el socialismo, más ampliamente: la izquierda, enfrentada a las tendencias autoritarias, patriarcales y xenóforas de Latinoamérica. Pero también –como se revelará en la tercera parte– una izquierda contraria a la izquierda oficial. El estilo de la publicación se proclama «polémico», pero bien podría decirse «maniqueo» (como son los escritos ideologizados).

La primera parte se titula «La crisis terminal del patrón civilizatorio de la modernidad colonial» y es un diagnóstico de este colapso generalizado que amenaza poner fin a una forma de vida; pues una cosa es decir crisis o decadencia y otra calificarla de terminal, esto es, conclusiva, mortal. Pruebas al canto del apocalíptico e irredento panorama: «Sin un freno a corto plazo de este patrón de crecimiento desbordado y una reorientación hacia el decrecimiento, la *armonía con el resto de la vida* y sin una *radical redistribución del acceso a los bienes comunes del planeta*, no está garantizada la continuidad de la vida humana a mediano plazo» (p. 14). Es decir, ya no un sistema se perderá para dar lugar a otro; no, mucho más, se malogrará la vida humana misma, la existencia, de no corregirse el rumbo del barco: «El capitalismo, en su escala actual, con su inevitable lógica expansiva de devastación, es incompatible con la preservación de la vida tal como la conocemos. Esto convierte en un asunto de vida o muerte la necesidad de poner freno a esta desbocada maquinaria» (p. 15).

Las dimensiones plurales de la crisis, referidas a la acelerada destrucción de las condiciones que han hecho posible la creación y reproducción de la vida, son expuestas en apretados apartados, comenzando por el cambio climático estudiado por el Grupo Intergubernamental de Cambio Climático (IPCC), que lleva a la

propuesta del *Stockholm Resilience Centre* de la Universidad de Estocolmo sobre los límites planetarios para garantizar la salud del ecosistema terrestre. En el mismo terreno, se estudia la presión que ejercen los hombres sobre los sistemas de reproducción de la vida en el planeta, siguiendo los trabajos de la denominada Red Global de Huella Ecológica. Íntimamente vinculada es la descripción del Antropoceno como sexto evento de extinción masiva en el mundo conforme a los informes denominados «Planeta Vivo», producidos por entes de Suiza, Estocolmo, Londres y Países Bajos.

Todo esto permite estimar los impactos socioambientales, presentes y futuros, de las transformaciones climáticas globales, en 9 ítems, en el que destaca –según el discurso anterior– la acelerada pérdida de biodiversidad que lleva a la pérdida de la capacidad de adaptación. Esta panorama catastrófico (¡y mono causal!) demandaba el estudio de las respuestas de los poderes fácticos del sistema mundo capitalista, que al parecer es nula, porque los poderosos siguen apostando a un fuerte crecimiento económico global.

Quisiera hacer un alto en el camino y reflexionar acerca de lo leído hasta acá. Primero, simplemente anoto el cambio de óptica en relación a los estudios de izquierda acostumbrados: ya no es la economía sino el ambiente la causa de la crisis y la bancarrota final, y si fuera la economía lo es indirectamente, porque la explotación clasista ha mutado en crisis ecológica. Segundo, anticipado ya, el tono apocalíptico, el catastrofismo que impera en el texto, en el que aparece ausente toda esperanza, siquiera una mundana e ideológica esperanza. Tercero, la apuesta romántica y antimarxista, si bien socialista en algún caso, de frenar la caída frenando la economía; porque el marxismo siempre vio en el crecimiento económico algo inevitable y bueno, como inevitable era la llegada del comunismo que ese desarrollo traía.

La explicación está en el cacareado historicismo, la llamada conciencia histórica revolucionaria: «La evaluación de la profundidad de un proceso de transformación social no puede, por lo tanto, basarse en criterios abstractos, universales, ahistóricos, sino que depende de las estructuras de poder, de las relaciones con el resto de la llamada «naturaleza», de las modalidades productivas y de las prácticas e imaginarios culturales que caracterizan el patrón de dominación histórico que se enfrenta» (p. 58).

Sigamos. El «gatopardismo» de las elites (económicas, políticas, científicas) planetarias contrasta con la gravedad de la situación, pero es consecuente con la exclusión de otras miradas críticas. Tal

vez aquí –siempre dentro del tono que advertimos– esté lo más saludable del texto (págs. 29-37). La izquierda denuncia la economía verde porque es una propuesta de acumulación capitalista; lo mismo cabe decir de la geoingeniería, fundada en concepción prometeica del hombre amo y dueño de la naturaleza. Bajo el lema «Antropoceno o la era de la plutocracia» se exponen las profundas desigualdades en la distribución de la riqueza y el poder político, comunicacional y militar que caracteriza al actual mundo post democrático, de acuerdo a los estudios de la organización Oxfam.

Segundo descanso: se advierte ya un cambio, pues del ecosistema hemos pasado a las desigualdades en todos los ámbitos, que reproduce la dicotomía clasista del análisis marxista en clave nueva: todos contra los súper ricos de la clase de Davos (p. 46). Ricos a los que sirve una intelectualidad libertaria apoyada internacionalmente, que tiene su hogar en Estados Unidos y su rostro ejecutivo en D. Trump.

¿Cuál es el programa libertario? Cuando la izquierda lo define, según el método maniqueo, se define ella misma. Leemos que los libertarios apoyan «la lucha por la prohibición del aborto, la enseñanza de la evolución en la escuela como una teoría más al mismo nivel del denominado creacionismo, en contra de la intervención/regulación gubernamental en todos los ámbitos de la vida colectiva, en oposición a la expansión del sistema público de salud y en defensa de la libertad religiosa». Y, por supuesto, el libre mercado (pp. 48-49). Es muy fácil develar las banderas de la izquierda dando vuelta el sentido de la frase y volviendo a favor lo que se dice en contra y viceversa.

«Los gobiernos progresistas latinoamericanos ante la crisis civilizatoria» es el título de la segunda parte, concentrado en tres países progresistas: Bolivia, Ecuador y Venezuela, porque tras la caída del Muro de Berlín, Latinoamérica devino el continente de la esperanza. Lo que interesa a los autores no son tantos los resultados de estos países en la lucha contra el sistema capitalista actual; lo que degustan presentar son las ideas, proyectos y modos de enfocar esa lucha. Por eso comienzan con análisis de los procesos constituyentes, que ven caracterizados por la confrontación con el antropocentrismo al reconocer los derechos de la naturaleza; la postulación de Estados plurinacionales y la interculturalidad; una nueva democracia participativa, comunitaria, plebiscitaria; y el antipatriarcalismo.

Me detengo: la nueva izquierda revolucionaria hace rato que viene aprovechando de los resortes del constitucionalismo liberal;

no escupen sobre las magnas cartas, al contrario, las multiplican; no reniegan de la democracia, más bien la engordan con nuevos adjetivos; no plantean más el fin del Estado sino que desean y quieren más Estado. La nueva izquierda se siente muy cómoda con aquello que Marx criticara como reformismo y socialdemocracia; anula el estadio final del historicismo marxista (la sociedad comunista) y se queda con la estación intermedia: el Estado socialista o comunista, que ya no llama dictadura sino democracia.

Es cierto, como ven los autores, que este aprovechamiento progresista tiene escasa fortuna si la economía se sostiene en las riquezas naturales conforme a un modelo extractivista; es necesario buscar una alternativa al desarrollo, el posdesarrollo (p. 73). Se estudia el caso el Mandato Constituyente Minero ecuatoriano y el denominado «Mineralo-Estado»; el de Bolivia y el desarrollismo extractivista y los conflictos en el Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro Secure (TIPNIS); y el venezolano que se califica de «paroxismo del extractivismo». Si bien los autores valoran que este aprovechamiento de los *commodities* ha funcionado como una limitación al desarrollo capitalista global –no se ve cómo es así, pero no importa– e introducido mejoras económicas en esos países, el modelo entra en contradicción con las otras metas o valores constitutivos de estas izquierdas. «Todo esto implica el impulso indetenible del “progreso”, acelerando con grandes inversiones de infraestructura la apropiación de territorios ocupados por pueblos indígenas y campesinos, expandiendo igualmente los procesos masivos de devastación ambiental» (p. 103).

La última parte se refiere a «Los debates de las izquierdas en torno a las luchas anticapitalistas actuales en América Latina» que se pregunta por las políticas antisistémicas en contestación al contexto vernáculo, entendidas como la visibilización (sic) de lo que hasta ahora, teniendo potencial revolucionario, había estado invisibilizado: «otros sujetos, otras culturas, otras historias, otras formas organizativas, otros saberes, otras formas no antropocéntricas de ser y estar en la naturaleza» (p. 108). Esto significa pensar alternativas fuera de las usuales de la izquierda: los partidos revolucionarios de vanguardia y el Estado. En tal sentido se traza una línea de estas opciones que arranca en Mayo de 1968 y se continúa con el derrumbe del bloque soviético.

El significado del desparramo del comunismo después de 1989 es trascendente para la izquierda revolucionaria, de acuerdo a Lander. No me resisto a transcribir un largo pasaje que bien

explica la percepción actual: la caída del Muro de Berlín «favoreció la liberación de los imaginarios de los pueblos del sometimiento a una única alternativa al capitalismo; del peso asfixiante de la teleológica filosofía de la historia [...]. Terminó de sepultar las pretensiones de la existencia de un sujeto histórico universal [...]. Contribuyó a deslegitimar la idea del progreso y la creencia en la posibilidad de un crecimiento económico sin fin y la explotación ilimitada de la Naturaleza [...]. Hizo más transparente el carácter autoritario y monocultural de las pretensiones de intentar dirigir al conjunto de la sociedad desde el monopolio de la verdad [...]. Se abrieron nuevas condiciones para el reconocimiento de la multiplicidad de las fuentes de saberes en la crítica y resistencia [...] Contribuyó igualmente a diluir el sentido de la contraposición clásica entre *reforma* y *revolución* [...]. Asumir que el futuro está abierto, que no está predeterminado por leyes de la historia, sino que es el producto de la acción humana, altera radicalmente el sentido de estos viejos debates» (pp. 110-111).

El autor ve en América Latina expresiones revolucionarias que responden de alguna manera a estos nuevos patrones; no obstante, las experiencias boliviana, ecuatoriana y venezolana –se dijo– empiezan a fracasar cuando se consolidan acodadas al Estado. Existiría, al contrario, una amplia gama de perspectivas no estatales revolucionarias que no se mencionan ni se explicitan, porque lo que interesa es la crítica al «socialismo del siglo XXI», que no va más allá de una «renovada ortodoxia socialista» calcada sobre las modalidades del pasado. La bestia negra es el Foro de San Pablo, ejemplo de una izquierda anclada en la Guerra Fría (p. 124), que concede primacía a la geopolítica, haciéndole el juego a una China capitalista e imperialista; una izquierda «oficial», éticamente corrupta en el poder, que está personificada en el fracaso de los gobiernos de izquierda de Venezuela y Nicaragua.

Más allá del tono triunfalista del texto, se admite la crisis de las izquierdas en un tiempo en el que la derecha profundiza el modelo antropocéntrico, patriarcal, colonial, clasista y racista. El libro carece de conclusiones. El último apartado realiza «Una insistencia final sobre las izquierdas», dos páginas que repiten la cantinela que sabemos. Hagamos un balance.

Las observaciones al texto las hemos hecho a medida que lo leíamos. No voy a volver sobre ellas. Quisiera concluir con algunas reflexiones finales, porque tenemos la tendencia a creer que las ideologías viven en el mundo de las ideas, cuando es lo contrario:

las ideologías son aparatos prácticos. Está claro que las lecciones de este libro no son compartidas por todo el «arco zurdo», pero ejemplifica uno de los caminos de la revolución, el que parecen estar andando algunas agrupaciones de izquierda en América Hispana.

Lo que importa del marxismo (de la izquierda) a la altura de los tiempos no es tanto su aparato teórico cuanto su objetivo práctico: la revolución; el marxismo puede proporcionar a la izquierda un esquema simplificado de análisis: dominado vs. dominador, explotado vs. explotador, amigo vs. enemigo, etc., que se usa como recurso retórico para justificar la revolución. El motivo de la disensión/separación puede ser cualquiera: la propiedad privada o riqueza, el sistema medioambiental, la estructura económica global, el machismo, la cultura imperialista, la opresión de los pueblos originarios, el oscurantismo religioso, las tendencias antidemocráticas, etc. Pero lo que en verdad aporta el marxismo es la convicción en la prioridad de la *praxis* sobre la teoría, la preeminencia de la acción sobre las ideas, un historicismo radical.

La doctrina revolucionaria –se lee en las *Tesis sobre Feuerbach*– se saca de la *praxis* revolucionaria; y aunque en Marx y en los grandes teóricos del socialismo fue siempre al contrario, lo cierto es que los grupos revolucionarios de hoy y de ayer lo que quieren es la revolución y después piensan cómo se justifica. En las revoluciones de nuestros días, posmodernas, poshistóricas, esa naturaleza se exhibe desnuda: el discurso revolucionario puede ser cualquiera, lo que importa es la orgía destructiva, el caos festivo.

Pero este libro muestra otro momento para alertar: el de los Estados latinoamericanos de izquierda, la burguesía política revolucionaria en el poder, dueña del aparato. El tono retórico contrario al eurocentrismo revolucionario –otra forma de colonialismo político– parecería sugerir que desde esta parte del mundo se puede aportar una inventiva original. Lo que se pretende es una revolución triunfante que no replique formas estatales de dominación, aunque no se atine a concretarlo y se recaiga en el voluntarismo utópico. Porque no basta con la invocación de la defensa de lo femenino contra el patriarcalismo, de la naturaleza contra el antropocentrismo, de indígenas y LGTB contra el monismo cultural, etc. Todo esto tiene hoy potencial revolucionario, pero nada dice más allá de la revolución.

Tal vez parezca contradictorio: estoy admitiendo que los revolucionarios lo que quieren es la revolución y estoy pidiendo digan lo que viene después de la revolución. Pero si subrayo los dos momentos encontrados es porque quiero mostrar la vaciedad del

futuro que la revolución augura, porque si la revolución quiere seguir siendo revolucionaria debe renunciar a la estabilidad que le da la organización estatal; debe hacer votos por perpetuarse de otro modo que el del Estado; un trotskismo lúdico siglo XXI. Y de esto, nadie sabe nada.

El libro muestra, también, la corta mirada histórica de la izquierda: todo nació en el XVII con el capitalismo; la nula mirada transhistórica de la izquierda: no hay más que tierra sin cielo; la confianza ciega en la voluntad pues las ideas son sólo muletas de los deseos; el torpe materialismo que la marca desde sus orígenes; el utopismo antiestatista que se convierte en estatismo totalitarios; etc.

Juan Fernando SEGOVIA

Jonathan I. Israel, *The Enlightenment that failed. Ideas, revolution, and democratic defeat, 1748–1830*, Oxford, Oxford University Press, 2019, 1080 pp.

Jonathan Israel (1946), historiador británico al que ya he presentado en otras ocasiones, enseñó por diecisiete años en Colegio Universitario de Londres y lleva dos décadas en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton. Es especialista en historia de los Países Bajos y de los judíos europeos. Pero su renombre se debe, sobre todo, a sus publicaciones sobre la Ilustración.

Atiéndase a los siguientes datos: en 2001 apareció *La Ilustración radical* (vertido al español en 2012); continuó en 2006 con *La Ilustración disputada*; al que siguió *La Ilustración democrática* en 2011; y ahora *La Ilustración que fracasó*, textos que aquí reseñaremos. Cada libro cubre un arco temporal de ciento ochenta años: 1650-1750 el primero; 1670-1752 el segundo; 1750-1790 el tercero; y 1748-1830 el cuarto. Este es el último de la serie, según anuncia (p. 934). Todos salieron de la Imprenta de la Universidad de Oxford.

Siempre relacionados con de la serie sobre la Ilustración, pero fuera de ella, son los libros sobre las revoluciones modernas: en 2010 publicó *Una revolución de la mente*, acerca de los orígenes ilustrados radicales de la democracia moderna (traducido en 2015); en 2014 *Ideas revolucionarias*, sobre la revolución francesa; y en 2017 *La llamada que se extiende*, dedicado a la revolución norteamericana. Son, en conjunto, siete libros con un total de cinco mil ochocientos treinta páginas.